Cuentos completos

[1909–1937]

voces / literatura

COLECCIÓN VOCES / LITERATURA 278

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Edith Wharton, *Cuentos completos [1909-1937]*
Primera edición: Abril de 2019

ISBN: 978-84-8393-258-2
Depósito legal: M-3888-2019
BIC: FYB

© Del prólogo: Elena Medel, 2019
© De la traducción de los textos: Emma Cotro, Maite Fernández Estañán, Eva Gallud y Juan Carlos García, 2019
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019
c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid
Teléfono: 915 227 251
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

EDITH WHARTON

CUENTOS COMPLETOS

[1909-1937]

Prólogo de Elena Medel

Traducción de Emma Cotro,
Maite Fernández Estañán, Eva Gallud
y Juan Carlos García

PÁGINAS DE ESPUMA

ÍNDICE

Prólogo. El gesto inevitable, por Elena Medel IX
Reseñas de los cuentos XVII

La puerta cerrada. 3
El hijo de su padre. 47
La Diana de Daunt 65
La deuda 81
Círculo completo. 97
La leyenda. 123
Los ojos. 153
La bestia rubia. 175
Después. 205
Las cartas 239
Xingu. 281
Volver del frente 313
Autres temps 353
Kerfol 387
A largo plazo. 411
El triunfo de la noche 445
La elección 473
Escribir un cuento de guerra 489
La señorita Mary Pask 505
Los señoritos. 521
Hechizado 547
La semilla de la fe. 571
La zona templada 609
Orejeras de terciopelo 641
Atrofia 677
Una botella de Perrier 691
A la manera de Holbein. 719
Dieu d'Amour 745
Los refugiados. 771
El señor Jones 803

Nuestro hijo 833
El día del entierro 905
Vislumbres 929
Alegría en casa 955
El diagnóstico 979
Encanto familiar 1003
Semillas de granada 1031
La permanente 1065
Fiebre romana 1081
El espejo 1097
Así que pasen cien años 1117
Día de difuntos 1135

Índice alfabético de títulos en inglés XXV
Índice alfabético de títulos en español XXVII

PRÓLOGO

EL GESTO INEVITABLE

Los relatos de Edith Wharton se leen con un gesto inevitable: el puño que choca contra la puerta; el puño y su golpe seco, la consciencia en ese golpe de que algo ocurre al otro lado. No se trata de que ocurra algo: más bien está ocurriendo algo, más bien eso que está ocurriendo se prolonga desde un tiempo atrás –indeterminado, quizá un par de horas o quizá media vida, quizá una relación familiar quebrada por un secreto resuelto cuando todo acaba, quizá una presencia con la que no se cuenta y que altera la rutina, quizá…–, y se fija en el momento en el que decidimos llamar, y entonces asistir. Ese momento es el comienzo del relato, el primer párrafo, ese que suena –unas veces una línea de diálogo, otras un recuerdo, también una atmósfera o una intuición– igual que el puño, el golpe seco, la voz turbia antes de tomar la palabra. Justo esa sensación: justo la sensación de que interrumpes algo que sucede, mientras sucede.

Justo esa sensación me la recrean los cuentos de Edith Wharton. Aquellos que se incluyen en este volumen, y cuya lectura nos conduce por esos meandros diferentes de la trama –comenzamos la lectura desde el lugar del espía, asomándonos a la intimidad de los personajes, entreabriendo la puerta tras la que todo sucede, y nos despedimos de ella con el sabor del testigo, formando ya parte de lo que se narra, siendo lo que ocurre–, abarcan un periodo extensísimo: casi tres décadas, las de absoluta madurez de su escritura y las de su consagración, aquellas que coinciden con *El arrecife* (1912) y con *La edad de la inocencia* (1920), por aludir a dos novelas que comparten ambientes e intenciones con muchas de estas historias; las de los años europeos, también, con sus luces y con sus sombras –con la Primera Guerra Mundial en el tramo

inicial del calendario–, los de la realidad que ocurre fuera, más allá de la puerta cerrada, y que devasta la realidad propia. De muchos de los textos de Edith Wharton se sale así, con esa sensación de que narran algo que hubiera formado parte de nuestra vida propia en otro tiempo y en otras circunstancias –por la cercanía de su tono, por la capacidad de que miremos lo dicho: de esa forma nos empuja a *estar* en la lectura–, pero de lo que la ficción nos acerca y nos aleja al mismo tiempo.

Este libro nos desvela prodigios generosos. Muchos de sus relatos ahondan en uno de los rasgos de su narrativa que sentimos más contemporáneos: el retrato de las clases sociales y sus diferencias. Impresiona la mordacidad brutal, caricaturesca en muchas ocasiones –ahí asoma su humor finísimo–, con la que Edith Wharton retrata a la clase alta, a la que ella misma pertenecía –es decir: con la que, en cierto modo, esboza su autorretrato–, y también la forma en la que estos personajes se construyen. Escuchamos a señoras y señores, a «señoritos», a sirvientas cómplices con quienes mandan y a sirvientas rebeldes contra quienes ídem. Igual que la visión de la clase alta suele basarla en el exceso y la caricatura, en la de las clases media y baja Wharton huye –siempre lo hace, en cualquiera de sus decisiones– del retrato idealizado, del buenismo; no creo que por conciencia política ni social, no creo que por cuestión de unos privilegios que se asumen, sospecho que sí por mandatos formales de lo que le importa, que al fin y al cabo es la literatura. A quienes se nombran sin tratamiento en sus historias los presenta con sus dudas y certezas, con sus frustraciones: no hablamos de arquetipos, sino de caracteres verosímiles, tan salidos de la vida real como quienes viven en un *château* y ya hace mucho que se cuentan. Edith Wharton plantada ante la realidad: es la puerta a la que llama.

Otra de las decisiones de Wharton que más me interesan tiene que ver con su tratamiento de los personajes femeninos: nos regala protagonistas inolvidables por su genio, capaces de lo mejor y de lo peor, veraces por lo tanto, pero con el mismo cuidado y esfuerzo piensa en las secundarias femeninas. No sé si en el conjunto destaca un relato de una extensión –por sus pocas páginas– inusual en la obra de Edith Wharton: me refiero a «La señorita Mary Pask».

Una voz masculina refiere a la señora Bridgeworth «lo que me había ocurrido aquella noche en Morgat». Han transcurrido meses, y con esa frase retrocedemos a la época en la que el protagonista visitó la casa de Mary Pask, hermana de Grace Bridgeworth. En el mismo relato conocemos a dos mujeres con vínculo de sangre y experiencias antagónicas: una permanece en Europa, convertida en una más de «cientos de (…) solteras mayores sin gracia», y la otra se trasladó a América tras su matrimonio, formando una familia. La narración desemboca en cuento de fantasmas con giro sorprendente, pero nos sirve para reparar en la manera en la que Edith Wharton insufla carácter, vida y diferencia a dos personajes que parten de un lugar parecido, y a las que moldea cada una con su personalidad.

Las dos hermanas Pask reúnen también otra de las vetas de la escritura de Edith Wharton, en la que en cierto modo desembocan –coinciden, más bien– las dos anteriores: la de la familia. La familia nunca representa aquí el espacio seguro, sino el imán de las hostilidades. En los cuentos de Wharton los padres desconfían de los hijos, y los hijos se sienten traicionados por los padres; asistimos a reconciliaciones, pero en la mayoría de los casos la siguiente página nos invita a pensar que quizá el desenlace tranquilo –tan abiertos esos desenlaces de Wharton, muchas veces cierre de paréntesis, como invitando a que la historia la continuemos– se enturbie a la siguiente decisión. En los matrimonios se miente, se manipula, se esconde la verdad, e incluso en las relaciones que se construyen al margen de la propia familia todo invita al enredo y a la desconfianza: amigos que incumplen su palabra, amantes incapaces de la fidelidad a lo que prometen… Nadie está a salvo en estas historias: el hogar no se interpreta como refugio, nos amenaza, y la propia soledad nos expone a nosotros mismos, aún más fieros. Los pilares de esa sociedad a la que pertenecía Edith Wharton, los de la clase alta creyente en una tradición profunda, los tambalea ella a golpe de relato.

Tiene que ver esta decisión con una presencia doble de las apariencias en sus cuentos: por una parte la ambigüedad entre la realidad y el sueño, presente en tantos relatos en los que lo onírico –y la ficción que se erige dentro de la ficción– ocupa un lugar cen-

tral, en diálogo con una atmósfera que marca esa distancia entre lo que está ocurriendo y lo que está ocurriendo *de verdad*; y por otra el fingimiento, el engaño que conoce quien lo perpetra, y que aporta otro enfoque a lo inventado. Este último rasgo desemboca, en cierto modo, en una cuestión moral. A Wharton no le interesan las lecciones ni la ética: ese golpe seco con el que sus relatos nos llaman se habría convertido en un bostezo. Su ficción no imita la parábola, sino que en ella sucede algo en todo momento, un hecho tras otro, en ritmo vivísimo. No le interesa la distancia entre el bien y el mal, entre lo que se consideraba bueno o malo desde el punto de vista de la moral, sino como dicotomía y como enfrentamiento, como posibilidad de cambio de rumbo: interesa por su influencia en la narración, más que en la vida. Un instante te encuentras de un lado y al siguiente, por azar, por una decisión que no se espera de ti, cruzas al otro. Y ese otro lado supone el hundimiento, el fracaso, o el éxito y la felicidad. En este punto sí que no existen las medias tintas para Wharton.

La literatura en el centro, entonces; todos los recursos, todas las ideas y los gestos, al servicio de los cuentos que se cuentan. El inicio cuando el relato ya despegó, el inicio que guarda un secreto y que invita a descubrirlo, la sensación de que casi todo ha ocurrido, está ocurriendo: «¿Qué fue de la Diana de Daunt? ¿De verdad que no sabes cómo acabó la historia?», invita en ese relato que alude a una obra de arte que desata la trama. Una trama organizada casi siempre en escenas, en tiempos distintos –el paréntesis omite a veces unos pocos minutos, o periodos de años: de qué manera Wharton, tan minuciosa, tan cómoda en los detalles minúsculos, maneja también los silencios y la elipsis–, fragmentaria y ultracontemporánea, que se mueve en la estampa y apela a los sentidos: sus relatos se ven. Me refiero a los símbolos, por supuesto, y me refiero también a la atmósfera, no solo en sus relatos de género: al ambiente que reina una vez cruzado el umbral de la historia, y que ella fija en un par de párrafos.

¿Qué me ha interesado más como lectora de Edith Wharton, qué he disfrutado de estos cuentos? Leemos siempre desde el egoísmo: en los textos ajenos proyectamos nuestros deseos y nuestras experiencias, nuestros prejuicios; buscamos la diferencia o –según

nuestro capricho– la identificación. Estos relatos, tras la primera lectura –la del goce de esas historias que atrapan vidas completas en varias decenas de páginas, la del goce de su prosa exacta y sensitiva–, me han despertado muchas preguntas. ¿Cómo se enfrentaba Edith Wharton a la escritura? El dibujo de tal o cual personaje, ¿lo fijó desde el primer borrador con esa descripción que ahora utiliza, o antes desechó una conversación, una actitud? ¿Improvisó ese final, abordaba las primeras líneas trazando ya esa desembocadura? Acercándome a los cuentos de Wharton esforzándome por desconocer su biografía –poco más que fechas, lugares, alguna anécdota–, me he entretenido identificando en la relectura algunas decisiones que se repitiesen. Y existen, desde luego, pero Wharton nos entrega tantas constantes como opciones posibles. Qué alegría en su ficción: la que nos brinda a quienes la leemos, sabiendo que ningún relato de Edith Wharton se parece a ningún otro relato de Edith Wharton, y la que ella misma se regala, con una escritura en la que prueba y prueba y en la que jamás se aburre.

Hay un cuento que aborda de manera muy curiosa el oficio de escribir. Se titula «Círculo completo», y nos presenta a Geoffrey Betton, un autor de éxito que publica en esos días su segundo libro. Su fama se contrapone –de nuevo ese juego de luces y sombras constante en la narrativa de Wharton: el éxito y el fracaso, capaces de transformarse el uno en el otro por un golpe de suerte o una simple decisión– al silencio que ha recibido –por parte del propio Betton, entre otros– Duncan Vyse, antiguo amigo que «intentaba escribir» mientras el protagonista se concentraba en su negocio. Ya en las primeras páginas, Wharton desliza lo mucho que les separaba entonces con una expresión que hoy quizá haya perdido su crudeza, pero que en ese contexto resulta salvaje y dolorosa: «pobre diablo». Betton, el triunfador Betton, que recibe con desdén las cartas de sus lectoras, recuerda a Vyse como alguien gris, que hubiera soñado con ocupar su sitio.

No me gustaría desvelar mucho más, porque en el caso de este texto importa cada una de sus escenas –desde las que nos presentan a sus personajes en pasado a ese final que suena a pura vuelta de tuerca–, pero sí admiro una decisión: que Wharton se sitúe, piadosa, del lado puede que del débil, desde luego del honesto.